P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**FÉLIX KERSTEN, SALVADOR DE LA MUERTE
DE MÁS DE 100.000 PERSONAS**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Kersten y Himmler.

¿Deportación de holandeses?

Liquidación de los judíos.

Negociación con Himmler.

Amenazado de muerte.

Himmler anticristiano.

Siguen las listas salvadoras.

¿Salvador de 800.000 prisioneros?

Salvador de holandeses.

APÉNDICE

Hitler y los astrólogos.

Enfermedades de Hitler.

REFLEXIÓN

INTRODUCCIÓN

En este librito vamos a exponer algunos datos de la vida de Félix Kersten, un médico fisioterapeuta alemán, con nacionalidad finlandesa, que llegó a ser el médico especial de Himmler, el jefe de las SS y el responsable de todos los campos de concentración alemanes, donde había unos 800.000 prisioneros de distintas nacionalidades, especialmente judíos.

Dado que hacía sus tratamientos gratis a Himmler, le pedía que a cambio liberara de la prisión o de la ejecución a especiales personas, que le encomendaban. En ocasiones, incluso pudo conseguir que el traslado de todos los holandeses que Hitler había decretado enviarlos a Ucrania y a la Galitzia polaca pudiera suspenderse hasta el fin de la guerra. También consiguió que Himmler no cumpliera la orden de Hitler de volar por los aires los campos de concentración con todos los prisioneros y guardianes dentro, cuando los aliados llegaran a unos 8 kilómetros para poder apoderarse de ellos. Igualmente consiguió que no se destruyera la ciudad de La Haya ni la de Clingendael, ni el dique de Zuiderzee.

En total, según los investigadores que menos salvados le conceden, son 100.000, entre los que había 60.000 judíos, pero, si contamos los 800.000 prisioneros de los campos de concentración, la lista subiría a más o menos un millón de salvados. Esto lo consiguió cuando Himmler estaba con muchos dolores y él en esos momentos le conseguía la liberación de sus males y la tranquilidad personal. Himmler era en esos momentos de dolor muy influenciado y fácil de convencer.

Precisamente, todo lo que hizo para salvar a personas de las prisiones y sobre todo de las condenas a muerte, puede ser considerado como un gran hombre entre la gente buena de la tierra. Y, por ello, nosotros también nos sentimos orgullosos de que haya gente como él, que sepa arriesgar su vida para salvar a otros sin esperar nada personal a cambio.

KERSTEN Y HIMMLER

Félix Kersten (1898-1960) nació en Estonia. Era alemán, ya que sus padres eran alemanes. Tenía la ciudadanía de Finlandia. En 1918 luchó como voluntario contra Rusia al lado de los finlandeses. Estudió terapéutica masajista en Berlín con el doctor Ko, famoso especialista chino. Durante la segunda guerra mundial ya era famoso como fisioterapeuta y tenía una clientela entre la gente importante de varios países. Himmler pidió su ayuda porque tenía espasmos intestinales, que le causaban grandes dolores. Los calmantes somníferos e inyecciones que le daban, no producían resultados positivos. Kersten le aplicó su técnica y el dolor cedió en cinco minutos. Desde entonces Himmler lo tuvo cerca para ayudarlo en sus crisis de dolores intestinales. Como no le cobraba nada a Himmler por sus servicios, le fue pidiendo su ayuda para la liberación de prisioneros o de la condena a muerte de muchos de ellos. Miles de personas, judíos y no judíos, debieron su supervivencia durante la guerra a su poder de convencimiento ante el poderoso Himmler, que era el responsable de los campos de concentración y jefe de las SS.

El 1 de septiembre de 1940 Kersten llega a La Haya y, como era un médico fisioterapeuta ya famoso, antiguos pacientes acuden de nuevo a su consultorio y le ponen al corriente de la situación social. Entre las medidas tomadas por los ocupantes alemanes están: la exclusión de los judíos de todos los empleos públicos, las detenciones de opositores y el encarcelamiento del general Röell, uno de los dirigentes de la Resistencia, que se expone a ser condenado a muerte. Su estancia en La Haya queda interrumpida, porque un amigo suyo le avisa que se está realizando un registro en casa del anticuario Bignell, que era su amigo, y de que su detención es inminente. Sin perder un minuto se presenta en el Cuartel General de la Gestapo y pide ver a Hans Albin Rauter, el todopoderoso jefe de las SS y de la policía de los Países Bajos. Kersten le dice tranquilamente: *Yo garantizo la inocencia de Bignell. No ha hecho nada en contra de los alemanes, suéltelo.*

Rauter por poco se queda sin respiración, pero conserva la suficiente calma para responderle con una negativa categórica y algunas amenazas apenas veladas. Sin embargo, se queda mudo cuando Kersten le pide calmadamente que llame a Himmler. Se trata de algo muy irregular, pero en este nido de víboras que es el Tercer Reich, solo los que tienen relaciones importantes pueden permitirse hablar con tanta impertinencia. Rauter, desconcertado, obedece, y cuando se establece la comunicación se queda tremendamente sorprendido al oír decir al Reichsführer: “¡Pásame a Kersten!”. Este último le informa en pocas palabras de la detención de su amigo Bignell, añade que él garantiza su inocencia y pide su liberación. La suerte sonrío a los audaces: Himmler, aquejado de nuevo de dolores abdominales, le ruega encarecidamente que

regrese lo más pronto posible. Kersten aprovecha para recordarle que le quedan todavía cinco días de permiso, y que si volviera sin que Bignell fuera liberado, su moral se vería tan afectada que sus cuidados perderían toda eficacia.

Es la primera vez que Kersten recurre a este tipo de chantaje, que resultará muy eficaz. Himmler quiere hablar de nuevo con Rauter, que coge el aparato, escucha un momento con un respeto temeroso y responde obsequiosamente: “A sus órdenes”. Tras haber colgado, le dice a Kersten: “Himmler me ha ordenado que libere a Bignell. Yo sé que es un traidor, pero una orden es una orden”¹.

Kersten tenía confianza en que Himmler, que era el máximo jefe de las SS le podía ayudar a salvar vidas. Él dijo claramente a un amigo: *Cuando Himmler está muy enfermo, se halla muy desvalido y muy influenciadle.* Por eso, cuando tenía alguna crisis, él aprovechaba y le ponía delante algunas listas de nombres. Y en esos momentos, Himmler firmaba casi todo. Pero una vez restablecido, era casi imposible hacerle firmar una sola liberación.

A mediados de agosto, cuando la batalla de Inglaterra acaba de comenzar, Félix Kersten recibe en Berlín la visita de su amigo el industrial August Rostberg, que le pide que interceda ante Himmler a favor de su capataz, un viejo socialdemócrata al que acaban de detener y enviar a un campo de concentración. No se trata de un caso aislado. Ese verano, Kersten recibe muchas peticiones de intercesión, con las que no sabe muy bien qué hacer. Pero el 26 de agosto Himmler sufre una nueva crisis, y su terapeuta es reclamado urgentemente. Kersten consigue aliviar con bastante rapidez los dolores del Reichsführer, que permanece estirado en el sofá, todavía jadeante y sumamente agradecido. Su salvador explicará lo que sigue:

Llevaba conmigo una lista de cinco o seis personas, alemanes, tal vez también un holandés. Himmler me dijo: “Escuche, Kersten, nunca hemos abordado la cuestión económica. Yo sé que sus servicios son muy caros, por supuesto, debo pagar”. Le respondí: “Usted sabe que le ayudo con sumo gusto. Usted necesita mis servicios y yo sé que no puede pagar. Vamos a dejarlo. Que haya entre nosotros una amistad que no se puede valorar con dinero”. Respondió: “Se lo agradezco mucho. Mire, yo no tengo amigos. Estoy muy solo...”. Entonces, surgieron de golpe las palabras: “Mire esto”, y le mostré la lista. Inmediatamente dijo: “No estoy autorizado”. Le respondí: “Pero entre amigos se pueden hacer muchas cosas. Firme esto y ¡todo quedará arreglado!”. Y firmó².

¹ Kersaudy François, *El médico de Himmler*, Ed. Taurus, Barcelona, 2022.

² Ib. p. 58.

Himmler era un buen padre de familia, amigo de los animales, apasionado por la historia medieval, las religiones y las ciencias ocultas. También tenía otra cualidad que Kersten estimó mucho y era que normalmente, una vez que daba su palabra, la mantenía y la cumplía. Pero por otra parte Himmler dio las gracias al grupo Globocnik por el inmenso y único mérito de haber organizado el asesinato de aproximadamente un millón y medio de personas, supervisó personalmente en alguna ocasión los experimentos médicos de enfriamiento intenso con los prisioneros soviéticos de Dachau y ordenó la matanza de 71.000 judíos y la deportación a Treblinka de otros 7.000 tras la destrucción del gueto de Varsovia entre abril y mayo de 1943. Pero las cosas no fueron bien en el Norte de África, donde el Afrika Korps se rindió con 275.000 prisioneros alemanes e italianos. Y los rusos se hacían cada día más fuertes.

Los norteamericanos suministraron a la URSS de Stalin 189.000 teléfonos de campaña, 150.000 ametralladoras, 45.000 toneladas de alambre de púas, cuatro millones de pares de botas, dos mil tanques, cuatro mil aviones y muchas cosas más ³.

Un día Kersten estaba en La Haya alojado en el hotel de las SS y todos los días atendía a Himmler. Se enteró de que al día siguiente al amanecer la Gestapo iba a arrestar a 10 personalidades importantes de La Haya, sospechosas de simpatizar con la Resistencia. Uno de ellos era su amigo. Así que ya de noche fue a la habitación de Himmler en la hotel de la SS.

Himmler, se sorprendió al verlo:

—¡Ni caído del cielo! Estoy a punto de tener un nuevo ataque de calambres de estómago.

—Es lo que me imaginaba. Por eso he venido tan rápido.

Cinco minutos más tarde, Himmler estaba tumbado y yo empezaba mi tratamiento. Los dolores cesaron casi de inmediato y él estaba muy contento. De repente le dije:

—Tengo que pedirle un gran favor. Es usted la única persona que puede ayudarme.

—Lo haré de buen grado. ¿De qué se trata?

Le dije que escuchando su conversación de aquella mañana con Seyss-Inquart me enteré de que mi amigo Türkow y otros iban a ser detenidos al día siguiente. Le insté encarecidamente a que lo impidiera, que lo hiciera por mí. Türkow y Doedes eran muy buenos amigos, todo lo que se hiciera contra ellos me afectaba personalmente.

³ Ib. p. 181.

—*Mi querido Kersten, estos hombres son traidores al ideal de gran germanismo. Y además, no puedo anular la orden, esto pondría a mis hombres en una situación embarazosa, debemos proteger la retaguardia de nuestras tropas que combaten.*

Discutí con él durante un cuarto de hora. Finalmente, cedió y dijo:

—*Muy bien, hablaré con Rauter mañana.*

—*Será demasiado tarde, respondí; esos hombres serán detenidos dentro de unas horas. Habría que llamar a Rauter inmediatamente.*

—*Tal vez ya duerme, dijo Himmler.*

—*Pues habrá que despertarle.*

—*Siempre tiene que tener la última palabra, Kersten.*

—*¿Puedo llamarle? —pregunté.*

—*De acuerdo, dijo con voz cansada, llámele.*

Lo hice encantado, y Himmler ordenó a Rauter que no detuviera a los diez hombres en cuestión. Tomaría una decisión al respecto cuando regresara a Berlín. En cualquier caso, no quería que se tomara ninguna medida por el momento, fueran cuales fueran las circunstancias. Cuando colgó, le dije:

—*Se lo agradezco.*

Tras un momento de silencio, me dijo:

—*Da igual que dejemos en libertad a uno o dos, ya que aquí todos son traidores, hasta Mussert. Pero le prometo que algún día también haré que cuelguen a este sinvergüenza.*

Me pareció que había llegado el momento de despedirme. Al marcharme, Himmler me llamó y me dijo que cogiera algunas manzanas de las que le había regalado. Me puse media docena en el bolsillo del abrigo. Himmler también me regaló dos tabletas de chocolate, añadiendo que no debía preocuparme: no les pasaría nada a mis amigos ⁴.

Mi trabajo de salvamento —escribiré después de la guerra— me costó entre trescientos ochenta mil y cuatrocientos mil marcos, que gasté en regalos a los nazis: pitilleras de oro, anillos y broches con diamantes, pulseras de oro, relojes de oro, a veces incluso cuberterías de plata, aparatos de radio, cuadros de pintores famosos y colecciones de sellos —todo ello comprado en el mercado negro— para conseguir sus favores. Por supuesto, Himmler, Brandt y Schellenberg eran incorruptibles, pero todos los demás tendían la mano ⁵.

⁴ Ib. pp. 186-187.

⁵ Ib. pp. 64-65.

¿DEPORTACIÓN DE HOLANDESES?

Kersten conoció en Roma al ministro de Asuntos exteriores de Italia, de nombre Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini, y para curarlo de sus males recibe autorización para permanecer en Roma entre el 27 de noviembre y el 16 de diciembre de 1940. Al regresar a Berlín, Himmler se queja de su larga ausencia. Por su parte Kersten asistió a los cursos de la facultad de medicina de Berlín y el 25 de febrero de 1941 consigue el título oficial de médico naturópata.

Himmler por su parte era el responsable de los campos de concentración y había supervisado las medidas para eliminar mediante monóxido de carbono a los pacientes psiquiátricos polacos y organizó las primeras deportaciones de judíos y polacos a los territorios anexionados por el Reich. Ya tenía un proyecto para la deportación a Madagascar de los judíos, mientras tanto crea guetos en diferentes lugares.

Pero el 26 de febrero de 1941 los habitantes de Ámsterdam se han puesto en huelga durante dos días y 300.000 trabajadores se han manifestado en protesta por las primeras grandes redadas de judíos. Las SS tienen que suspender temporalmente las deportaciones, pero en las semanas siguientes hay muchos arrestos y ejecuciones de los presuntos cabecillas y Kersten no tuvo la oportunidad de intervenir. El 1 de marzo de 1941 en el comedor del Estado Mayor de las SS, Kersten sorprende una conversación en la que se habla de la próxima deportación a Polonia de todo el pueblo holandés.

Hitler había ordenado el traslado de tres millones de holandeses a la Galitzia polaca y a Ucrania. Confió su ejecución a Himmler, pero Himmler estaba mal de salud y necesitó la ayuda de Kersten que le persuadió de que el esfuerzo que debía realizar para cumplir con el plan de Hitler agravaría su salud y podía serle fatal. De esta manera tan sencilla consiguió que Himmler aceptara postergar el plan hasta después de la guerra, después de hacer las gestiones necesarias ante Hitler, que renunció al proyecto el 18 de abril de 1941. Así se logró salvar a miles y miles de holandeses, que hubieran perecido en el traslado por hambre, frío o enfermedad.

LIQUIDACIÓN DE LOS JUDÍOS

El 22 de junio de 1940 Hitler da la orden de invadir Rusia con tres millones y medio de hombres, 90 divisiones, 3.350 tanques, 2.465 aviones. El avance es rápido y toman de sorpresa a Stalin. Los alemanes toman cientos de

miles de prisioneros. Hitler dio la orden de que las regiones conquistadas quedaran libres de judíos, de modo que entre julio y octubre de 1941 sucedieron las terribles matanzas de Augustovo, Brest-Litovsk, Minsk, Kiev, Drivói Rog. Mogilev, Novgorod, Kovno y Riga. El 15 de agosto de 1941 Himmler asiste personalmente a la masacre de un ciento de saboteadores judíos cerca de Minsk. Las víctimas fueron obligadas a tenderse en el suelo boca abajo en una fosa de dos metros de profundidad y así les dispararon. Himmler se tambaleó al borde de la fosa y se apartó para vomitar. Tenía un corazón duro, pero un estómago sensible. El propio Kersten que lo conocía bien dice que no habría matado a nadie con sus propias manos, pero exhortaba a sus hombres continuamente a hacerlo, porque eran órdenes de Hitler a quien temía y a quien había jurado fidelidad hasta la muerte.

El proceso de liquidación de los judíos era lento y muchos de los SS que realizaban las masacres se sentían afectados psicológicamente. Además estas matanzas indignaban a los soldados normales del ejército de tierra (Wehrmacht). Hitler mandó eliminar a miles de indeseables: oficiales del ejército rojo, comisarios políticos, nacionalistas ucranianos, gitanos, enfermos mentales, homosexuales, comunistas, judíos polacos, judíos alemanes y de los demás países de la Europa conquistada. Para ello Himmler ordenó construir dos campos de exterminio: Majdanek y Belzec; y después se unirán los campos de Treblinka y Sobibor. Al poco tiempo comenzaron las masacres por medio de las cámaras con el gas Zyklon B. El 17 de julio de 1942 Himmler asistió al gaseado de 449 judíos llegados de los Países Bajos esa misma mañana. Kersten no podía ignorar que a menos de mil kilómetros de Berlín en el este de Polonia se producían atrocidades indescriptibles, porque Himmler quiere contentar las intenciones genocidas de Hitler contra el pueblo judío.

El trabajo de Kersten para salvar vidas de judíos y de otros condenados a muerte seguía su curso. El 15 de junio de 1942 Kersten le escribe a Himmler: Gracias por conceder la liberación de los doce oficiales holandeses, de los seis franceses y de las tres francesas.

En julio de 1942 los alemanes consiguieron tres importantes victorias en el frente ruso: Jarkov, Sebastopol y Voronezh con más de 500.000 prisioneros. Kersten nos dice que aprovechó un momento que vio favorable en Himmler y le entregó una lista con nombres de 28 holandeses, seis alemanes y cuatro noruegos, acusados de delitos castigados con pena de muerte y pidió que fueran liberados. Himmler leyó la lista y dijo: *No debería hacerlo*, pero después de pensarlo, respondió: *De acuerdo, pero esas personas no lo merecen*. Después llamó al doctor Brandt y en mi presencia ordenó que todas las personas de la lista fueran liberadas de inmediato.

NEGOCIANDO CON HIMMLER

Nos dice Kersten sobre su trabajo de salvar vidas: *A menudo era un auténtico regateo. Si, por ejemplo, yo tenía una lista de veinte personas encarceladas por la Gestapo por una razón u otra, y algunos amigos o conocidos me habían pedido que intercediera por ellos, aprovechaba las horas de tratamiento para hablar de sus casos a Himmler. Yo insistía en la honorabilidad y distinción de esas personas, y sugería a Himmler toda clase de motivos por los que era deseable que fueran liberadas. La mayoría de las veces, Himmler no preguntaba por qué motivo esas personas estaban en prisión, sino más bien quién se interesaba por su caso. Entonces echaba una rápida ojeada a la lista de nombres, y me decía: “¿Quiere usted que liberen a veinte? ¿De qué le sirve esto? ¿Qué van a pensar mis hombres? Le concedo cinco. Conténtese con esto, de lo contrario se quedará sin nada”.*

A veces autorizaba la liberación de los cinco primeros de la lista, a veces también del último, de forma arbitraria, totalmente al azar. La mayoría de las veces yo llevaba mi lista al doctor Brandt, encargado habitualmente por Hitler de ocuparse de estas cuestiones, y le rogaba que no se contentara con ejecutar la decisión de Himmler, sino que redondeara la lista hacia arriba antes de presentársela de nuevo, cosa que generalmente ocurría. En ese estadio, Himmler ya no se preocupaba en absoluto de la cantidad de nombres, sino que firmaba enseguida el documento tal como Brandt lo había redactado ⁶.

AMENAZADO DE MUERTE

Sin embargo, Kersten ignora que está más amenazado aún que los hombres a los que intenta liberar. El 2 de agosto, cuando se dispone a abandonar Hartzwalde para dirigirse a Berlín, una carta de Schellenberg, que le llega a través de un mensajero de las SS, le recordará “in extremis”.

Querido señor Kersten: “En mi última sesión de tratamiento, le di a entender que algunas personas, es decir, el Obergruppenführer Kaltenbrunner y el Gruppenführer Müller, buscan la manera de crearle dificultades con motivo del caso Langbehn... Pretenden haber encontrado en casa de Langbehn informes comprometedores, que prueban entre otras cosas que usted colabora con los servicios secretos británicos.

⁶ Ib. pp. 88-89.

Mientras tanto, he recibido confirmación de que no solo se desconfía mucho de usted, sino que desde hace tiempo lo vigilan de cerca. Me hubiera gustado hablar personalmente de todo esto, pero por desgracia tengo que salir urgentemente en viaje de servicio, y por eso le envío esta carta a través de un mensajero especialmente fiable.

Desde que estuvo usted en Suecia..., esos círculos pretenden eliminarlo, incluso contra la voluntad de Himmler Reichsführer. Lleve siempre consigo un arma de fuego, desconfíe de extraños y, sobre todo, no haga ninguna declaración en conversaciones en las que haya desconocidos. Todos sus movimientos son vigilados y sus conversaciones telefónicas escuchadas.

Si en los próximos días tiene ocasión, informe prudentemente a Himmler de que ha tenido conocimiento de las intenciones de algunos enemigos, para que le asegure una vez más su ayuda y le entregue, si es posible, un salvoconducto o algo parecido, que le dé garantías.

Una carta inquietante. Pero lo que dice su portador al entregársela lo es aún más: “El mensajero secreto me confió también que el general Schellenberg me aconsejaba no tomar el camino habitual para ir de Hartzwalde a Berlín, ya que en esas circunstancias sería demasiado arriesgado”.

No son advertencias que haya que tomar a la ligera, y aquella tarde Kersten le dice a su chófer que escoja la ruta que pasa por Templin en vez de por Oranienburg. Lo que sigue lo explicará él mismo:

Seguí las instrucciones de Schellenberg y le dije a Himmler que había recibido “avisos místicos” de que mi vida estaba en peligro. Se quedó absolutamente conmocionado y mandó efectuar una investigación que estableció que las advertencias estaban perfectamente fundamentadas. De modo que Kaltenbrunner fue convocado en el CG del “tren especial Steiermark”, que se hallaba entonces cerca de Berlín. Antes de su llegada, Himmler me recomendó que actuara de modo que Kaltenbrunner no sospechara nada, ya que tenía la intención de arreglar este asunto, dijo, de manera diplomática. Kaltenbrunner llegó y Himmler nos invitó a los dos a almorzar en el vagón restaurante. Kaltenbrunner estuvo muy cordial, y me preguntó amablemente cómo era Suecia y qué tal me iba allí.

—Muy mal, respondí sombríamente.

—¿Cómo? —preguntó Kaltenbrunner—, yo creía que Suecia era un verdadero paraíso.

—Es posible —dije—, pero yo he perdido mi empleo. Usted sabe sin duda desde hace tiempo que yo trabajaba para los servicios de inteligencia británicos. Pues bien, ¡me han despedido! No están contentos con mis servicios, porque Himmler goza de tan buena salud...

—Sí, los ingleses piensan que Kersten ya no sirve para nada, añadió Himmler, que apenas podía contener la risa.

¡En toda mi vida jamás vi una persona tan atónita como Kaltenbrunner! Casi le faltaba el aire y no pudo pronunciar palabra. Himmler estalló en carcajadas.

—Ya ve, Kaltenbrunner, ¡tenemos buenas razones para compadecer a Kersten!

Luego prosiguió ya en serio:

—Querido Kaltenbrunner, si algo le ocurriera a Kersten, no es solo mi vida la que estaría en peligro, la suya también lo estaría. Me temo que usted no le sobreviviría mucho tiempo. De modo que como son tan dependientes el uno del otro, espero que ambos se mantengan saludables durante mucho tiempo.

Kaltenbrunner entendió perfectamente lo que quería decir, y cuando Himmler propuso un brindis a mi salud, levantó su vaso con una mano algo temblorosa ⁷.

HIMMLER ANTICRISTIANO

Himmler era muy supersticioso. Se aconsejaba de dos astrólogos para comparar sus respectivas opiniones. Además temía a un poder invisible, a quien creía haber de dar alguna vez cuenta de sus actos. Ello se acusaba más cuando se sentía mal de salud. Lo que más le aterraba era morir entre los dolores de la agonía. Por otra parte era declarado antagonista de los cristianos y, sobre todo, de la Iglesia católica. Esta hostilidad hacia lo cristiano le había llevado a desarrollar un sistemático interés por otra religión. Tenía particular fe en las concepciones religiosas germánicas tanto en las indo-germanas como en las del Norte ⁸.

Creía en la reencarnación y creía que él encarnaba a Enrique el León. Sabía más de la historia de ese héroe que casi nadie. Himmler sabía, y no le desagradaba, que sus secuaces le llamaban el rey Enrique o el duque negro. Cuando se celebraron festivales para honrar la memoria de Enrique el León, Himmler pronunció un discurso muy impresionante ⁹.

⁷ Ib. pp. 206-209.

⁸ Kersten Félix, *Memorias*, Barcelona, 1957, p. 167.

⁹ Ib. p.172.

Yo había aprendido algo sobre tal faceta del carácter de Himmler mediante sus comentarios sobre el mahometismo y sus cáusticas críticas a la Iglesia Católica. Pero para tener una clara idea de su actitud respecto a la religión me era preciso conocer los principales libros en los que fundaba sus tendencias. Ello me haría falta para poder argumentar con él. Así, pregunté, a Brandt qué era lo que Hitler leía en ese aspecto. Me contestó que el Bhagavad-Gita —que estimaba particularmente por sus “grandes cualidades arias”—, los Eddas, los Vedas, los Rig-Vedas, las enseñanzas de Ruda, el Visudi Magga, el labro do la Pureza, y algunas obras astrológicas. Me procuré, entre estos títulos, algunos de los que pude hallar en una biblioteca, y después de repasarlos me sentí mejor preparado para tratar el asunto con él.

Oyendo cierto día hablar violentamente a Himmler contra el Cristianismo, que es el factor predominante en la civilización occidental, le pregunté si opinaba lo mismo de todos los demás conceptos religiosos. Su respuesta fue:

—¿Qué quiere usted decir, Herr Kersten? Seguramente el sentido común le dice a usted que hay un Ser Supremo (llámelo usted Dios o Providencia o lo que le plazca) más allá de la Naturaleza y del maravilloso orden que existe en el mundo de los hombres, de los animales y de las plantas. Si negásemos eso no valdríamos más que los marxistas. No por fingimiento ni por concesión, como a menudo se alega contra mí, sino por creer esto un asunto grave, insisto en que los miembros de las S.S. crean en Dios. No seré yo quien tenga a mi alrededor hombres que se nieguen a reconocer la existencia de un Ser Superior, Providencia o lo que quiera usted decir.

—¿Cree usted en la supervivencia después de la muerte? Himmler manifestó:

—La cuestión es muy delicada. Evidentemente todo no termina con la muerte, aunque así lo sostengan los materialistas, pero es muy difícil afirmar qué formas asumirá esa supervivencia. No creo, por supuesto, en lo que la Iglesia enseña al declararnos que vamos al infierno o subimos al cielo para regocijarnos con los ángeles después de pasar por el Purgatorio. No merece la pena ni de tener en cuenta ese concepto tan primitivo de ver las cosas. A menudo me he preguntado cómo un hombre moderno puede creer en algo semejante, pero nunca lo he comprendido. Y todavía me es más difícil imaginar que la suerte de un hombre pueda decidirse para toda la eternidad después de una breve vida en este mundo, donde tantas cosas ocurren por casualidad. Sólo un Dios cruel podría tomar una decisión semejante. En primer lugar, ¿por qué y para qué creó a los hombres? Dada su omnisciencia, acaso los colocó entre los inmensos peligros con los que tienen que enfrentarse a diario sólo para

condenarlos por toda la eternidad si no son lo bastante fuertes para soportar los combates del mundo.

Usted, por ejemplo, no sería católico y yo le diría que el catolicismo toma esto muy seriamente y con todas las consecuencias. Por imparcial que uno sea no puede eludir la impresión de que todo el sistema se ha inventado para asegurar el poder de la Iglesia. . Eso es lo que la Iglesia busca. Fíjese bien en lo que se haga en una vida que, por comparación a la eternidad, dura unos pocos segundos, decide nuestro destino eterno. Considerando el asunto desde el punto de vista del sentido común, resulta monstruoso ¹⁰.

El 18 de noviembre de 1942 Himmler le dice a Kersten: Empiezo a creer que con una sola excepción, la de Mussolini, todos los italianos son unos traidores a la causa del Eje. Pero ¡espérese! ¡Cualquier día las SS tomarán Roma y arrestarán al Papa! Procuraré estar presente cuando lo cuelguen vestido con sus mejores galas, incluida la tiara. Cuando se balancee en el patíbulo y la tiara caiga de su cabeza para rodar sobre el polvo, será el símbolo de la caída de Roma. Los católicos y los judíos trabajan codo con codo para dominar el mundo. Por ahora estamos atados de pies y manos y, por razones diplomáticas, debemos disimular nuestras verdaderas intenciones; pero cuando hayamos ganado la guerra, Hitler ajustará cuentas con Italia y con la Iglesia católica romana ¹¹.

Uno de los días Kersten le presentó a Himmler la lista de 28 holandeses, seis alemanes y cuatro noruegos, acusados de participar en un crimen cuya penalidad era la muerte. Himmler aceptó, aunque le dijo claramente que según su opinión no se lo merecían ¹².

El 21 de diciembre de 1942 dice Kersten: Logré la libertad de siete belgas, seis luxemburgueses, dieciocho franceses, doce francesas, tres holandeses, dos noruegos y un estonio ¹³.

El 2 de diciembre de 1943 nos dice: Esta mañana pude conseguir la libertad de seis alemanes, ocho holandeses, cuatro estonios y un danés, todos condenados al fusilamiento ¹⁴. El 8 de diciembre de 1944 escribió Kersten que consiguió la liberación de mil holandeses, de bastantes mujeres, niños y policías

¹⁰ Ib. pp. 168-169.

¹¹ Kersaudy, p. 142.

¹² Memorias, p.144.

¹³ Ib. p. 145.

¹⁴ Ib. p. 221

daneses y noruegos. Y también del permiso de Himmler para el traslado a Suiza de 800 franceses, 400 belgas, 500 polacos y de dos a tres mil judíos ¹⁵.

¿SALVADOR DE 800.000 PRISIONEROS?

El 28 de noviembre de 1944 fui a reunirme con Himmler en su cuartel general, ubicado entonces en Triberg, en la Selva Negra, y le pedí la liberación de 5.000 holandeses. El primer día se puso furioso, pero al día siguiente empeoró y pude quitarle sus dolores y se ablandó. El 8 de diciembre me dijo que podía liberar a mil mujeres holandesas. Después de unos días aceptó liberar a 50 policías daneses y a 50 estudiantes noruegos. También estaba dispuesto a aceptar mi sugerencia de reunir a todos los prisioneros escandinavos en un solo campo y traspasar el control a la Cruz Roja ¹⁶.

Después abordé la cuestión de liberar judíos. Me preguntó cuántos judíos quería liberar y enviar a Suiza. Le respondí que veinte mil hombres y mujeres. Respondió que no podía hacer eso, pero que podía estar satisfecho si liberaba a dos mil o tres mil judíos para enviarlos a Suiza. Pero primero quería pensarlo bien. Le resultaba difícil liberar judíos detenidos, debido al odio visceral que sentía Hitler contra ellos ¹⁷. En cambio, estuvo dispuesto a reabrir los puertos holandeses, bloqueados por los alemanes y que no podían recibir ayuda del exterior.

Uno de los días Berger, jefe de las SS Hauptamt, le dijo que por orden de Hitler, Himmler había mandado fusilar a cinco mil oficiales ingleses y norteamericanos. Berger debía hacerlo y se negó. Dijo: *Yo soy un soldado, no un asesino, un soldado no mata prisioneros indefensos. Le dije a Himmler que le dijera a Hitler que lo hiciera él mismo si tenía valor. Yo protegeré a esos prisioneros de guerra, aunque me cueste la vida* ¹⁸. Himmler le comentó este hecho a Kersten y le manifestó que era la primera vez, que un general suyo se negaba a cumplir una orden de Hitler. El 12 de diciembre Himmler le dijo a Kersten que por Navidad Hitler había indultado a petición suya a los tres prisioneros suecos que tenían para ejecutarlos. En febrero de 1945 ya se sabía que Hitler había ordenado la voladura de todos los campos de concentración con

¹⁵ Ib. p. 259.

¹⁶ Kersaudy, pp. 214-215.

¹⁷ Ib. p. 215.

¹⁸ Ib. p. 216.

sus cientos de miles de prisioneros dentro en cuanto los aliados se acercaran a unos ocho kilómetros. Según algunas fuentes los explosivos fueron colocados.

Kersten se puso en acción y el 5 de marzo comenzó a negociar con Himmler la cuestión de los campos de concentración. Himmler no quería dar muestras de clemencia. Era una orden clara de Hitler y estaba dispuesto a ejecutarla al pie de la letra. Pero los días siguientes, mientras las sesiones de tratamiento, Himmler estaba abatido por los avances soviéticos y no quiso hacer ninguna concesión. Le manifestó que según orden de Hitler también La Haya debía ser arrasada y él también cumpliría esa orden.

El 10 de marzo de 1945 nos dice Kersten que le habló a Himmler sobre la cuestión de La Haya.

Después del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944 Himmler llevó a cabo una durísima represión. Después de la ejecución o del suicidio de los principales cabecillas por medio de la Gestapo, fueron detenidas y torturadas unas cinco mil personas más entre agosto y septiembre de 1944.

El 9 de junio de 1944 anota Kersten: *Aproveché para presentarle una lista de condenados a muerte por sabotaje. Eran seis holandeses, tres luxemburgueses, cuatro noruegos, tres daneses y dos belgas. Y me lo aceptó*¹⁹.

En otoño de 1944 según afirmó el ministro de Asuntos exteriores de Suecia, Kersten recibió el encargo de negociar con Himmler la liberación de 664 estudiantes noruegos y 1981 policías daneses.

Por fin, a pesar del miedo constante que Himmler tenía a Hitler, se decidió a contradecirle. Y el 12 de marzo le manifestó a Kersten que no transmitiría la orden de Hitler de volar los campos de concentración al aproximarse los aliados. Todos debían permanecer en sus puestos sin matar a ningún prisionero. Al acercarse los aliados, izarían bandera blanca y les entregarían los campos en forma ordenada. Se suspendía la ejecución de judíos, que recibirían el mismo trato que los demás prisioneros.

Así de esta manera, por intervención de Kersten, se pudieron salvar unas 800.000 personas que había en los campos de concentración. Además el 17 de marzo Himmler le garantizó dejar marchar a Suecia o Suiza a cinco mil prisioneros.

¹⁹ Ib. p. 184.

El 8 de marzo de 1945 escribió Kersten: El doctor Brandt me mostró esta mañana una orden secreta de Hitler mandando a Himmler que en caso de retirada de Holanda se volasen la fortaleza de Clingendael, la ciudad de La Haya con todos sus edificios importantes y el gran dique de Zuiderzee

SALVADOR DE HOLANDESES

Repetí mis puntos de vista y rogué, en nombre de la humanidad, que no se cumpliera la orden secreta de Hitler. Luego, ciñéndome más a los hechos, pregunté a Himmler si no se podía mandar directamente a las autoridades interesadas que no volasen cosa alguna.

Himmler respondió que la muy mala situación militar de Alemania obligaba a que toda razón hubiera de posponerse a las bélicas. Aduje que en aquel caso no mediaba razón militar alguna. Volar Clingendael no influiría en la guerra para nada. Pero no era indiferente que murieran millares de hombres, mujeres y niños no culpables de cosa alguna. ¿Podría Himmler justificar tal crimen ante la historia? Tal orden se consideraría el desvarío de un loco y, a quien la cumpliera, se le supondría privado de razón.

Era palmario para mí que Himmler vacilaba entre obedecer o desautorizar la orden de Hitler. Volví a la carga, señalando que aquello no tendría repercusión alguna en el orden militar. Le exhorté a que consultara su conciencia y sus sentimientos humanitarios. Dije que comprendería su actitud si tales medidas pudieran influir, aunque fuera ligeramente, en el curso de los acontecimientos, pero que, a la sazón, ya no podrían servir de nada. Noté que mi opinión ganaba lentamente a Himmler.

Al fin éste escribió unas líneas en un trozo de papel, llamó a Brandt y dio una orden en mi presencia. Si llegaba el caso, La Haya, Clingendael y el dique serían entregados sin daño alguno. Después él se volvió a mí y dijo:

—La Haya no será destruida, pero los holandeses no lo merecen. Han hecho todo lo posible para torpedear nuestra victoria sobre el bolchevismo²⁰.

²⁰ Memorias, pp. 300-301.

Esto suponía muchos miles de personas salvadas además de evitar gravísimos destrozos para Holanda. El 22 de abril autobuses, camiones, ambulancias suecos consiguen llevar a Dinamarca 2.904 mujeres francesas, polacas, belgas, holandesas, alemanas, inglesas, húngaras, bálticas, eslovacas y judías. Unos días después se consiguió llevar otras 3.989 mujeres más. Todo por intercesión de Kersten y autorización de Himmler.

El 22 de mayo de 1945 Himmler fue detenido por los británicos cerca de Luneburgo y se suicidó al día siguiente con una capsula de cianuro.

El Congreso judío Mundial certificó que Kersten salvó a unos *cien mil prisioneros* de distintas nacionalidades, entre ellos a 60.000 judíos, arriesgando su vida. Kersten por su parte después de la guerra pidió la ciudadanía sueca para él y su familia, pues llevaban viviendo en Estocolmo cinco años y le fue concedida en 1953. En 1951 lo propusieron para el Premio Nobel de la Paz, pero no se lo concedieron. Entre 1958 y 1959 confió muchos de sus recuerdos y de su documentos al sacerdote católico Achim Besgen, así como al periodista y novelista francés Joseph Kessel. En 1960 Francia decidió concederle la Legión de Honor, pero antes de llegar a París a recoger su galardón, murió el 16 de abril de 1960 de un infarto a los 61 años de edad.

APÉNDICE

HITLER Y LOS ASTRÓLOGOS

Hitler en sus proclamas políticas públicas se manifestó como un gran orador y eso le hizo sentirse importante. Fue él quien eligió la cruz gamada como emblema del partido. En 1920 propuso cambiar el nombre al partido y se empezó a llamar NSDAP (partido nacional-socialista de los trabajadores alemanes). Así nació el partido nacionalsocialista, que pronto todos llamarán el partido nazi. El 29 de julio de 1921 Hitler fue elegido el presidente del partido. Conoció al barón Von Sebortendorff, gran astrólogo, que consideraba a Hitler como un buen médium.

Otro gran mago que influyó en Hitler fue Karl Haushofer. Sus teorías de la superioridad de la raza aria se enseñaban en las escuelas y se convirtió en apóstol del misticismo racial. En 1933 con la llegada de Hitler al poder, los escritos de Haushofer fueron como un evangelio de los nazis. Los principales dirigentes del partido nazi eran también practicantes de magia secreta, de la que obtenían directrices y poderes superiores y todo esto lo sabía y lo aceptaba Hitler, quien consultaba a sus magos, adivinos y astrólogos para las campañas guerreras y

decisiones importantes. Su gran amigo Rudolf Hess era sin lugar a dudas espiritista.

En 1923 Hitler, Hess y otros del partido, fueron arrestados. Estuvieron en la cárcel 18 meses. Durante ese tiempo de cárcel Hitler escribió su obra *Mein Kampf* (Mi lucha).

Su mago personal, consejero y astrólogo, fue un vidente llamado Erick Hanussen. En 1933 lo mandó matar. No se fiaba de nadie. Sin embargo, seguía tomando sus decisiones consultando astrólogos y adivinos. Himmler notó que tomaba sus grandes decisiones los sábados y que ese día era cuando daba las órdenes de ataque tras determinar la fecha mediante la consulta de los horóscopos, de acuerdo a la coyuntura astral y lo que decían los videntes con el péndulo en la mano y palabras cabalísticas en los labios. Además sus operaciones militares se sucedían en espiral, girando de derecha a izquierda como el movimiento de las esvástica mágica.

Según Hermann Rauschning en su libro *Hitler me dijo* de antes de 1939, refiere que en 1919 ingresó en la masonería. Por eso, cuando instituyó la Orden negra de las SS, imitó a la masonería en los símbolos, decoraciones, consignas, gestos, etc. Pero un día se cansó de las críticas de las logias y dio instrucciones para que todas las logias fueran dispersadas y se internara a los masones recalcitrantes en campos de concentración.

Organizó las SS desde el principio de su poder, como una élite militar de la raza aria para que fuera su guardia pretoriana. Ellos lo cuidaban, montaban ruidosas motos y rodeaban en coches el imponente y blindado Mercedes de Hitler. La Orden Negra de las SS, de la calavera sobre dos tibias cruzadas, sería la Orden de las legiones de Lucifer, los ejércitos del antiCristo, pues era una manera de sustituir la religión judeocristiana por la nueva religión del Reich.

Cuando sucedió el atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, pudo sobrevivir y pensó que era inmortal, que nadie podía vencerlo. Y declaró que aquellos que resultaran implicados con sus cómplices, sus mujeres e hijos, lo pagarían con la muerte. Fue una carnicería gigantesca entre sus altos mandos. Fueron arrestados 7.000. Muchos de ellos colgados en un gancho como ganado. Fue una locura de venganza con una crueldad solo propia de demonios.

En el verano de 1943, cuando algunos de sus magos y astrólogos le advirtieron que su estrella podía declinar, ordenó una cacería monstruosa contra los astrólogos, médiums, radiestesistas, curanderos, adivinos y magos. Pero el 17 de agosto cambió de parecer y pidió voluntarios. Sus numerosos seguidores estimaban que Hitler actuaba siempre siguiendo a los astrólogos. Todo el

desarrollo de la dictadura y de las campañas de Hitler tenía una explicación astrológica o espiritista ²¹.

ENFERMEDADES DE HITLER

Según el diagnóstico secreto de las enfermedades de Hitler, que leyó Kersten: *Padece dolores de cabeza, vértigos e insomnio, me dijo Himmler. Luego, tras una breve pausa: “Mire, este es el informe, examínelo usted mismo, pero debe prometerme no hablar con nadie de lo que en él leerá”. Entonces depositó sobre la mesa un dossier azul. Le dije que, evidentemente, tenía por costumbre no divulgar los secretos médicos. Todavía dudó un poco, y luego me tendió el dossier. Lo hojeé. Constaba de veintiséis páginas mecanografiadas, y era un informe detallado del historial médico de Hitler: “Léalo ahora, mientras yo estoy aquí”. Por desgracia, no podía tomar notas en presencia de Himmler, pero esto es lo que recuerdo: Hitler padecía en efecto dolores de cabeza, vértigos e insomnio, así como un ligero temblor del brazo izquierdo y una leve rigidez en la pierna derecha. Durante la Primera Guerra Mundial, había quedado ciego varios días a consecuencia de un ataque con gas.*

El gas había afectado también a la garganta, de forma que tenía dificultades para hablar. Le extirparon un pólipo de las cuerdas vocales. Mientras hacía el servicio militar, contrajo una sífilis que no se curó adecuadamente y, como sus ojos quedaron afectados, corría el peligro constante de quedarse ciego. Al salir del hospital, se le consideró curado, y su salud fue buena hasta 1937, cuando reaparecieron varios síntomas. A comienzos de 1942, su estado se había agravado y, tras realizar exámenes exhaustivos, se estableció un diagnóstico de parálisis progresiva. Todos los síntomas iban en este sentido, excepto dos: las pupilas reaccionaban y las dificultades del habla habían desaparecido. Durante muchos meses pudo trabajar gracias a las inyecciones diarias que su médico le administraba, inyecciones que contenían toda clase de ingredientes, excepto morfina, que el Führer rechazaba categóricamente. Había habido muchos casos de tuberculosis en su familia, y también casos de cáncer. Cuando era joven había sido hospitalizado por una neumonía. De su historial médico se desprendía también que Hitler padecía impotencia desde hacía años y no podía mantener relaciones sexuales con las mujeres. Por otra parte, quedaba absolutamente excluida cualquier relación homosexual, y se mencionaba que Hitler experimentaba placer sexual cuando hablaba ante un gran auditorio, según él mismo, había llegado incluso a tener orgasmos en esas ocasiones. Por último, se aportaban algunos detalles sobre su régimen alimenticio, que era

²¹ François Ribadeau Dumas, *El Diario secreto de los brujos de Hitler*. Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1980, p. 167.

estrictamente vegetariano, con la información añadida de que no fumaba ni bebía ninguna clase de alcohol ²².

Las fobias de Hitler eran: miedo a los ascensores, a la noche, a la soledad, a la inmovilidad, a la traición, al tabaco, al alcohol, a la altura, al calor, a los atentados, a los gatos, al deporte, a los microbios, a la anestesia, al contacto físico, al estreñimiento, a la obesidad, a los periodistas, al sol, a la carne, a la natación, a la navegación, a los caballos y por supuesto al envenenamiento ²³.

REFLEXIÓN

Félix Kersten fue un médico alemán, de padres alemanes, pero un hombre humano, generoso y valeroso, arriesgando la vida por tantos que pudo salvar de la muerte. Evidentemente que el conocimiento de su vida y de algunas de sus obras salvadora; estimulan a seguir su ejemplo. Y también a no generalizar con facilidad. No todos los alemanes fueron nazis, ni de las SS, ni gente perversa. Sí, hubo muchos alemanes que dejaron una huella de terror en la historia de su país, pero no todos fueron así. También entre los aliados y, especialmente entre los soldados soviéticos, hubo muchas atrocidades cometidas contra los alemanes. En la guerra siempre es difícil encontrar los términos medios y la justicia en el trato con los enemigos. Por eso, es un ejemplo a seguir cuando encontramos personas, y hubo muchas en ambos bandos, que siguiendo su espíritu humanitario, dieron ejemplo de piedad y compasión con el enemigo y arriesgaron su vida por salvar a otros.

En el caso de Kersten, él nos dice que en muchos casos, para obtener la salvación de los condenados, no solo tuvo que acudir a su paciente Himmler, sino también acudir a dádivas para que los jefes que estaban implicados pudieran guardar silencio. Él les daba regalos valiosos, sabiendo que por más dinero que gastara en esos regalos, la vida de los salvados valía incomparablemente muchísimo más.

Cuando se enteró que por sus bondades, la Gestapo le estaba siguiendo los pasos, desconfiando de él, tuvo que tomar nota, acudir a Himmler como jefe supremo y guardar las apariencias para no comprometerse, ya que para Himmler las órdenes de Hitler debían ser cumplidas sin alteración. Y, sin embargo, Kersten pudo convencer a Himmler en varias ocasiones que debía ser compasivo por encima de las ordenes de Hitler, sobre todo en el caso de no volar los campos de prisioneros o del traslado de todos los holandeses a Ucrania y Polonia o en el

²² Kersaudy, pp. 146-147.

²³ Ib. p. 150.